

## Migración y Fraternidad

La Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 proclama en su artículo primero que « todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y en derechos » y que como seres dotados de razón y de conciencia, deben de comportarse unos con otros « con un espíritu de fraternidad ». Sesenta años después, el 13 de julio del 2008, víspera del aniversario de la Revolución francesa, Sarkozy hablaba de fraternidad unos cuantos jefes de Estado, reunidos en París para celebrar la Unión de los países del Mediterráneo: “es de éste Mediterráneo que ha nacido la primera civilización fraterna construida sobre la idea de diversidad”<sup>1</sup>. Un año antes ya había hablado en Tánger de una fraternidad entre Marruecos y Francia, dos países de « tolerancia », « respeto de la dignidad de la persona », y « humanismo »<sup>2</sup>.

El caso es que un mes antes de esa Cumbre, el 14 de junio, la Unión Europea había aprobado la muy fraterna “directiva de la vergüenza” que permite detener 18 meses a gente de esos mismos países sin delito alguno. Por si hubiera dudas, un estudio del *Centre National de la Recherche Scientifique*, « *Police et minorités visibles: les contrôles d'identité à Paris* »<sup>3</sup> muestra que los árabes tienen 7.8 veces más probabilidades que los blancos de ser detenidos por un control policial, y los negros 6 veces más. Pero en Europa criticamos el “delito de facies” de las nuevas leyes de Arizona, como si nosotros fuéramos querubines cantando el Himno de la Alegría: “en que los hombres volverán a ser hermanos”.

Ya en el origen de nuestra supuesta civilización occidental se daba esta situación entre hermanos, a causa de las fronteras: Rómulo mató a Remo por haber pasado el límite de la frontera de Roma, recién trazada. Ese es el origen de nuestra “civilización”. El gobierno español prefiere levantar más la valla para que así haya alianza de civilizaciones.

Vayamos al grano: la migración está en los genes de la humanidad. Los estudios del ADN mitocondrial ilustran el recorrido de la humanidad desde la aparición del *homo sapiens* en el Este de África hace unos 200 mil años<sup>4</sup>. O sea, que los ancestros de Sarkozy, de Berlusconi y

---

<sup>1</sup> « C'est de cette Méditerranée qu'est née la première civilisation fraternelle construite sur l'idée de diversité. C'est à tous les peuples de la Méditerranée qu'il appartient de nouveau d'enseigner cette leçon à tous les Hommes en faisant revivre cette diversité qui jadis a si souvent permis, à Cordoue, à Tanger, à Constantine, à Tunis, à Alexandrie, à Beyrouth et dans tant d'autres villes, que tous les peuples, que toutes les croyances puissent vivre en paix, en se respectant, en ayant conscience que par delà nos différences un même sentiment d'Humanité, un même amour de la vie, un même besoin de justice, nous lient les uns aux autres ».

*Discours de Nicolas Sarkozy pour l'Ouverture du Sommet de Paris pour la Méditerranée*, 13 juillet 2008. <http://www.elysee.fr/president/les-actualites/discours/2008/ouverture-du-sommet-de-paris-pour-la-mediterranee.2067.html?search=Union+pour+la+M%C3%A9diterran%C3%A9>

<sup>2</sup> « (Lyautey) fut l'un de ceux qui ont préparé l'avènement du Maroc moderne. Il fut l'un de ceux grâce auxquels un sentiment de fraternité a pu s'établir entre le Maroc et la France, malgré les fautes et parfois les crimes que le protectorat avait engendrés. Cette fraternité, elle sera scellée par le sang versé des vingt-cinq mille soldats marocains morts pour la France et pour sa liberté. C'est sur cette fraternité que la France veut fonder sa relation avec le Maroc. Cette fraternité, c'est celle qui unit deux peuples que leur histoire a portés à l'ouverture aux autres, à la tolérance, au respect de la dignité de la personne humaine, à des formes d'humanisme beaucoup plus proches l'une de l'autre que les apparences pourraient le laisser croire ».

Nicolas Sarkozy, *Discours sur le thème de l'Union pour la Méditerranée*, Tanger, 23 octobre 2007. <http://www.elysee.fr/president/les-actualites/discours/2007/discours-sur-le-theme-de-l-union-de-la.7946.html?search=pour>

<sup>3</sup> <http://www.mediapart.fr/files/PoliceContr%C3%B4les.pdf>

<sup>4</sup> « Le projet Genographic, organisé par le *National Geographic* avec la collaboration de l'Institut Pasteur, propose de connaître l'ascendance géographique de ses ancêtres et de découvrir ses lointaines origines africaines ». Gildas SIMON, *La Planète migratoire dans la mondialisation*, Paris, Armand Colin, 2008, p. 29-30.

de Zapatero son tan africanos como los míos. Parece que los científicos bautizaron a nuestra abuela africana como Lucy. Desconozco si lo de Atapuerca alarga en trepecientos mil años más nuestros orígenes, pero sería dar un disgusto a algunos nacionalistas el saber que sus ancestros eran castellanos de Burgos. En fin, que una de las razones de la fraternidad es el origen común, es decir, que somos hermanos de verdad.

De ahí se siguen otros principios como “la destinación universal de los bienes de la creación”. Todo lo creado está hecho para todos. ¿Hay alguien, fuera de la Iglesia, que use argumentos más radicales que éstos? Y es que para los cristianos, la migración es “una gran oportunidad para la fraternidad universal”, según nos dice la Instrucción *Erga migrantes caritas Christi* (EMCC 103). Ya Juan XXIII hablaba en *Mater et magistra* de un “principio de fraternidad cristiana” unido al de “solidaridad humana” para que los pueblos se ayudaran con el movimiento de bienes, de personas y de capitales (MM, 23 y 155)<sup>5</sup>. En *Pacem in terris*, Juan XXIII vuelve a invocar un “principio de solidaridad fraterna” (PT 107) en apoyo de migrantes y refugiados.

En el Concilio Vaticano II este principio de fraternidad está muy presente, pues Pablo VI había publicado *Ecclesiam suam*, en la que el tema es el dialogo como instrumento de fraternidad, pues la misión de la Iglesia es “hacer a los hombres hermanos” (ES 17). Ese documento influyó en el Esquema XIII, origen de *Gaudium et spes*. En esta Constitución ese llamado a la fraternidad universal es frecuente (GS, 24; 32,3; 38, 1; 91, 1; 92,4;), desde el inicio (GS 3,2) hasta el final, en donde nos recuerda que en todo hombre tenemos a Cristo, nuestro hermano (GS 93,1). Ser signo y medio de la unión con Dios y de la unión de todo el género humano es la misión de la Iglesia (*Lumen gentium*, 1). En el resto de documentos conciliares encontramos el mismo principio de fraternidad. El Decreto *Ad gentes* pide a las iglesias “recibir fraternalmente” a los migrantes (AG, 38). *Nostra Aetate*, en un párrafo clave, proclama que la fraternidad universal excluye toda discriminación (NA 5). *Apostolicam actuositatem* hace un llamado a los migrantes mismos para que sean mensajeros itinerantes de Cristo y del “intercambio fraternal” entre los pueblos, en el cual las dos partes dan y reciben a la vez (AA, 14). La simetría y reciprocidad definen la fraternidad, sobre todo ante un mal uso que se ha venido haciendo de la palabra solidaridad, utilizada por gobiernos y ONGs para tapar lo que muchas veces no es más que asistencialismo asimétrico.

Cuando, después del Concilio, Pablo VI hace en la *Populorum progressio* un diagnóstico del mundo, nos dice que el mal está sobre todo “en la falta de fraternidad” entre las personas y los pueblos (PP, 66), aunque la mirada es en general positiva hacia “un mundo que quiere vivir más fraternalmente” (PP, 79). En el Museo d’Orsay, en París, un gran cuadro de Fernand Cormon sobre la huída de Caín, con toda su familia, nos recuerda que la primera migración tuvo que ver con la falta de fraternidad. “¿Dónde está tu hermano?”, sigue siendo una pregunta que no queremos contestar. No es extraño que cuando Pablo VI crea la “Comisión pontificia para la pastoral de migraciones y el turismo”, se elabore un documento, *De Pastoralis migratorum cura* (1969), que pide que los migrantes sean amados como “hermanos” (nº 14), en razón de que todos somos hijos de un mismo Padre (nº 61). Esa fraternidad es confiada sobre todo a los laicos (nº 55). Poco después el mismo Papa insiste en *Octogesima adveniens* en recordarnos que es deber de todos –y especialmente de los cristianos– el trabajar con energía en “la instauración de la fraternidad universal” (OA, 17). Y ese trabajo incluye la política, según reclama ese mismo documento.

---

<sup>5</sup> En algunas encíclicas, la numeración de la traducción francesa cambia algo, no se por qué. Comprueba la versión española.

Hay pensadores que se han posicionado contra el uso de la fraternidad en la política. Hanna Arendt, Sartre o Derrida, son algunos ejemplos. El peligro de esa noción para justificar repliegues identitarios, nacionalistas y racistas, es evidente. La fraternidad de la raza aria ha dejado un trauma a la humanidad. Sin embargo, como afirma Todorov, el nazismo nunca defendió la fraternidad universal<sup>6</sup>. Y de eso tratamos aquí. La experiencia histórica es testigo de los avances que la humanidad ha tenido cuando se ha invocado la fraternidad universal. No en la revolución francesa, donde los revolucionarios, burgueses, no dejaron inscrita la fraternidad en la Declaración de Derechos del Hombre, ni en las diferentes constituciones revolucionarias, por más que el imaginario popular así lo crea. Sus principios eran la libertad, la igualdad, la propiedad y la seguridad. Fue en la revolución de 1848, según nos cuenta Régis Debray en su reciente libro, *Le moment fraternité*, cuando los revolucionarios que atravesaban París gritando “Viva el proletario de Nazaret”, hicieron que quedara inscrita la fraternidad por primera vez en una Constitución, promovida sobre todo por Lamartine. “Yo luché para que el principio de caridad y de fraternidad cristiana, que anima y fecunda la religión, fuera introducido en la política y escrito gradualmente en nuestras leyes como ya lo está en nuestros corazones”, dijo el pensador francés<sup>7</sup>. Ese principio, según el historiador Marcel David, les llevó a abolir la esclavitud y la pena de muerte, así como a la instauración del sufragio universal, llamado así a pesar de que todavía no estaba extendido a las mujeres.

Podríamos poner otros ejemplos de aplicaciones políticas de la fraternidad, como Gandhi y la independencia de la India, o la lucha de Luther King por los derechos civiles. Su célebre “He tenido un sueño” nos habla de un sueño de fraternidad, un sueño de que los niños blancos y los niños negros vivan como hermanos en una “sinfonía de fraternidad”.

Sin embargo, y volviendo a 1848, Marx se burlaba de la fraternidad. Lo dejó escrito en “Las luchas de clase en Francia”. Y la divisa de la Liga de los Justos, que decía “Todos los hombres son hermanos”, la hizo cambiar por “Proletarios de todos los países, uníos”, cuando pasó a denominarse Liga de los Comunistas. Por esa época, Leroux, considerado el inventor de la palabra “socialismo”, llamaba a Cristo “el legislador de la fraternidad”<sup>8</sup>. Pero curiosamente el mismo Leroux apoya un nuevo concepto para evitar las resonancias cristianas de la fraternidad. Ese nuevo concepto es la “solidaridad”. Después, Nietzsche, Freud, o Mao, desprecian la noción de fraternidad. A favor se mostrarán otros pensadores como Scheler, Martin Buber, Ebner, Mounier, Maritain, Bergson, o más recientemente, pensadores tan diferentes como Levinas o John Rawls, quien identifica la fraternidad con su “principio de diferencia”.

En todo caso es un principio compartido por las diferentes corrientes de filosofía moral, y su aplicación ética ofrece un consenso mucho más amplio que su aplicación política. ¿Cómo se podría aplicar a nuestras sociedades y al fenómeno de las migraciones? Habría que diferenciar el ámbito de la circulación de los flujos migratorios, del ámbito de la instalación. Si para el primero un “principio de fraternidad” tiene aplicaciones evidentes en la acogida y la hospitalidad, así como en la reclamación de un derecho a la movilidad, para el ámbito de la instalación los desafíos son más contestados. Juan Pablo II no duda en decir que la dignidad de la persona humana es prioritaria sobre el bien común, cuando se habla de regular los flujos migratorios (Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y el Refugiado, 2001). Y reclama, en su último Mensaje de la Jornada Mundial por la Paz (2005), una “ciudadanía mundial” con derechos y deberes, como

---

<sup>6</sup> Cf. Tzvetan TODOROV, *Nous et les autres – La réflexion française sur la diversité humaine*, Paris, Editions Du Seuil, 1989, p. 108.

<sup>7</sup> Gérald ANTOINE, *Liberté, Égalité, Fraternité, ou les fluctuations d'une devise*, Paris, UNESCO, 1981, p. 136.

<sup>8</sup> LEROUX, *De l'Humanité*, livre VI, t. II, p. 739 et 767. Citado por Gérald ANTOINE, *Liberté, Égalité, Fraternité, ou les fluctuations d'une devise*, Paris, UNESCO, 1981, p. 137.

consecuencia de la pertenencia común a la familia humana. Para *Erga migrantes caritas Christi*, el documento más reciente de la enseñanza de la Iglesia sobre migraciones, la « fraternidad universal » y la « unidad de toda la familia humana » es el horizonte último (Cf. EMCC, 9, 12, 97, 103, 104).

A nivel social, la respuesta cristiana puede y debe darse sin esperar a cambios jurídicos y políticos. En Francia, el Servicio Jesuita a Refugiados ha puesto en marcha una red de familias y comunidades religiosas que acogen en sus casas refugiados o solicitantes de asilo. Y sin duda, hay mucha fraternidad puesta ya en marcha en parroquias y comunidades. Pero es evidente que los cristianos de Europa no estamos respondiendo adecuadamente a éste fenómeno que pone en medio de nuestro camino al apaleado de la parábola del buen samaritano. En una parroquia de París, con nombre de santo misionero, el cura respondió así a la oferta de una colaboración para trabajar con migrantes: “En esta parroquia no queremos oír esa palabra: migrante”. Pues la parroquia debe de ser, según *Christifideles laici*, antes que una estructura o un territorio, una fraternidad (CfL 26). Porque los inmigrantes necesitan nuestra fraternidad, pero nuestra fraternidad necesita los inmigrantes (*Redemptoris Missio* 37, *Ecclesia in America* 65). La acogida del extranjero es constitutiva de la Iglesia. Eso quiere decir que esa acogida no puede ser dejada solo a cargo de nuestras Caritas, sino que “tiene que hacer parte integrante del programa global de los movimientos eclesiales y de las asociaciones de fieles” (EMCC, 60; Cf CfL 29). Es decir, en el tema de la migración nos jugamos no solo la “asistencia” que hace la Iglesia sino su “existencia” misma, pues en la acogida al extranjero nos jugamos la acogida –o el rechazo- del mismo Cristo (Mt 25, 35).

Ratzinger, ya en 1958, dio una conferencia sobre la fraternidad en el Instituto Pastoral de Viena, que extendió en un libro “Hermanos en Cristo”. Ya como Papa, en África animó a desarrollar una “teología de la fraternidad” en continuidad con la que proponían los teólogos africanos de los primeros siglos (Lactancio, Tertuliano, Cipriano), y como el mismo cardenal Gantin planteaba. No es extraño que Benedicto XVI haya dedicado un capítulo entero de su última encíclica al tema de la fraternidad. El principio de gratuidad y la lógica del don son expresión de la fraternidad (CiV 36). En el año 2005, en la presentación del nuevo embajador francés, dos meses después de las revueltas de los suburbios en Francia, Benedicto XVI recomienda vivir la fraternidad como “respeto de las diferencias” al mismo tiempo que “realización de una cultura común”. No una cultura que unos dan a los que llegan, sino la “realización” conjunta de una cultura común<sup>9</sup>. Ni asimilación ni marginalización. La integración y la fraternidad tienen que ver con la reciprocidad (CiV 38). En fin, cuando el 10 de enero del 2010, en la oración del Ángelus, el Papa clama contra la violencia infligida a los inmigrantes en Rosarno (Italia), pide que nos fijemos en el rostro del otro, para “descubrir que es una persona y que Dios le ama como a mí”.

Podemos fundamentar una fraternidad universal en el origen común y en el destino común de la humanidad. Pero para los cristianos, es Cristo el que nos hace hermanos. El relato del Génesis muestra que la hermandad biológica no hace la fraternidad: Caín y Abel, Esaú y Jacob, José y sus hermanos, son ejemplos de cómo la fraternidad está por construir. Es Jesús el que universaliza la fraternidad en razón de su encarnación –“por eso no se avergüenza de llamarles hermanos” (Hebreos 2, 11)-, pero sobre todo en razón de la redención y del mandamiento nuevo que implica amar hasta incluso a los enemigos.

---

<sup>9</sup> Discours au nouvel ambassadeur, 19-12-2005, <http://www.zenit.org/article-11804?l=french>

Hay diferentes usos del vocablo “hermano” en las palabras de Jesús. Vamos a destacar las que dirige después de la resurrección a María Magdalena: “Vete donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios” (Jn 20, 17). Son palabras semejantes a las que Mateo relata: “Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán” (Mt 28, 10). Se trata de ir “al mundo entero” (Mc 16, 15; Mt 28, 19) para que se reconozcan hijos de un mismo Padre y por lo tanto hermanos. La redención, llamada “gracia de fraternidad” por Santo Tomás, nos hace hermanos porque Cristo se ha convertido en “el primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8, 29). Esos hermanos son los que cumplen la voluntad de Dios, que no es otra que la de una solidaridad fraterna con los más necesitados. En la parábola del juicio final, Cristo se muestra como el enlace que hace que el extranjero sea hermano (Mt 25, 35). Por eso los cristianos se ven como extranjeros, en la dispersión (1 Pe 1, 1), que se aman como hermanos (1 Pe 1, 22; 2,17; 3,8). La palabra “fraternidad” aparece en esta epístola (1 Pe 2, 17 y 5, 9) por primera vez en la literatura tanto religiosa como profana. Hasta entonces, los griegos hablaban de *filadelfia*, es decir, amor fraterno. El sustantivo Fraternidad es, para el autor de esa carta, nada menos que el nombre de la Iglesia.

Y es que la fraternidad no se puede vivir si no es dentro de ámbitos a la medida del hombre. Ese hecho antropológico, sin embargo, no debe llevarnos a rechazar la posibilidad de la fraternidad universal, como hace Derrida. El amor fraterno puede desarrollarse en “círculos concéntricos de irradiación”, dice González-Faus<sup>10</sup>. Pero a condición de que esos círculos sean abiertos. Cristo es la cuña que abre esos círculos, destruyendo las barreras que separan los pueblos (Ef 2, 13-14; Gal 3, 28; Col 3, 11). La otra cuña es el pobre, pues los pobres no están en un círculo concéntrico. Hay pobres dentro de la Iglesia y fuera, dentro de nuestras fronteras y también lejos. Los pobres atraviesan todos los círculos porque son una presencia que nos llama a extender la fraternidad. Son la otra cuña que abre los círculos. Y en el caso del extranjero que llega, es realmente una cuña que, como en el tronco de un árbol en el que los círculos de las etapas de su vida están marcados, abre esos círculos, esas comunidades, al universalismo de la gran familia humana.

Terminamos con una enseñanza de un niño africano. Marguerite Barankitse es una mujer tutsi a la que le han matado a toda su familia. Aún suponiendo que esos conflictos tengan por base una fraternidad cerrada de sangre –en realidad la cuestión étnica ha sido aprovechada por las potencias para disputarse el acceso a las riquezas vecinas del Congo-, Marguerite ha luchado para crear de nuevo hogares para los numerosos huérfanos del conflicto. En uno de esos hogares un periodista europeo entrevistó a un niño y comenzó por la eterna pregunta que los habitantes de Ruanda y Burundi ya están acostumbrados a escuchar: “¿Tú eres hutu o tutsi?”. El niño le mira, y un poco cansado de responder siempre a la misma cuestión le dice: “¿No lo sabes? Nosotros somos hutsi-twa-hutu-tutsi-congo-nzungu”. El niño mezcló todas las etnias de Burundi en una sola. Y Marguerite Barankitse, cuando cuenta ésta anécdota, añade: “Yo creo que podemos formar la nueva etnia de los hijos de Dios”<sup>11</sup>. Ese niño supo contestar a la pregunta que Caín no pudo responder: ¿Dónde está tu hermano?  
¿Podremos contestarla los cristianos de Europa?

José Luis González SJ

---

<sup>10</sup> José Ignacio GONZÁLEZ FAUS, *Proyecto de Hermano*, Santander, Sal Terrae, 1987, p. 647.

<sup>11</sup> <http://www.solidaridad.net/noticias.php?not=5986>